

'T'HESES

NUEVA REVISTA DE
FILOSOFIA Y LETRAS

HOMENAJE A QUEVEDO

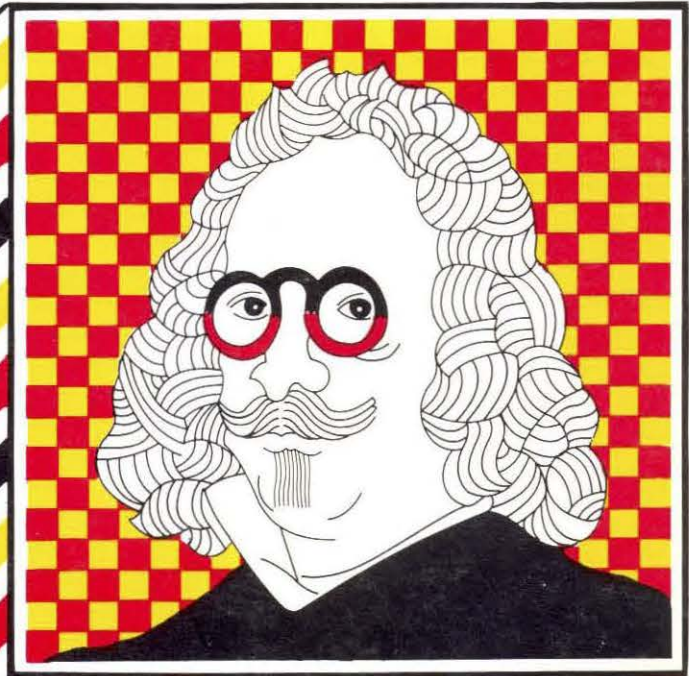
10

▶ JOSE ANTONIO MUCINO
▶ MARGARITA PEÑA
▶ AUGUSTO MONTERROSO
▶ MARGARITA PALACIOS
▶ JOSE AMEZCUA

▶ AURELIO GONZALEZ
▶ OSCAR ZORRILLA
▶ EUGENIA REVUELTAS
▶ MARIA DOLORES BRAVO
▶ LAURA BENITEZ

▶ ERNESTO MEJIA SANCHEZ ▶ JUAN JOSE BARRIENTOS
▶ ALICIA CORREA DE TARASUK ▶ SERGIO FERNANDEZ
▶ TARSICIO HERRERA ZAPIEN ▶ MARIA DEL CARMEN ROVIRA

JUAN M. LOPE BLANCH



40.00 pesos
Julio / 1981

THESIS

**Nueva Revista de Filosofía y Letras.
Año III, Número 10**

Julio / 1981





UNIVERSIDAD NACIONAL AUTONOMA DE MEXICO

Rector:

Dr. Octavio Rivero Serrano

Secretario General:

Lic. Raúl Béjar Navarro

Secretario General Administrativo:

C.P. Rodolfo Coeto Mota

Abogado General:

Lic. Federico Anaya Sánchez

**THESIS. NUEVA REVISTA
DE FILOSOFIA Y LETRAS**

Publicación Trimestral de la
Facultad de Filosofía y Letras

Director: Abelardo Villegas

Editor: Benjamín Villanueva

Consejo de Redacción: José Pascual Buxó
Juliana González, Benjamín Villanueva

Secretaria de Redacción: Elsa Cross

Indice

- Presentación** 5
- ERNESTO MEJIA SANCHEZ:** 6
Homenaje a Quevedo
- JOSE ANTONIO MUCINO:** 7
Poesía y filosofía en Quevedo
- MARGARITA PEÑA:**
El "Escarramán": una jácara de Quevedo en un manuscrito americano 11
- AUGUSTO MONTERROSO:** 18
El fugitivo permanece y dura
- MARGARITA PALACIOS:** 19
Quevedo: humanismo y ciencia
- JOSE AMEZCUA:**
"El negro ensayo de la comedia": notas sobre los entremeses de Quevedo 22
- LAURA BENITEZ:** 26
El estoicismo en Quevedo
- AURELIO GONZALEZ:** 30
Quevedo y el romancero
- EUGENIA REVUELTAS:**
Un punto de hermenéutica psicoanalítica sobre los Sueños de Quevedo 33
- OSCAR ZORRILLA:** 40
Por Cristo y contra el mundo
- MARIA DOLORES BRAVO:** 44
La nave de los locos: el Buscón de Quevedo
- JUAN M. LOPE BLANCH:** 46
Una nota sobre el estilo de Quevedo
- ALICIA CORREA DE TARASUK:** 51
Quevedo, "Cruce genial de varios"
- MARIA DEL CARMEN ROVIRA:** 54
Quevedo y la problemática filosófica de su tiempo
- TARSICIO HERRERA ZAPIEN:** 61
Quevedo, ¿latinista o antilatinista?
- JUAN JOSE BARRIENTOS:** 68
Los incorregibles: la humanidad condenada en los Sueños de Quevedo
- SERGIO FERNANDEZ:** 71
Sopa de nuestro propio chocolate
- Notas y Reseñas**
- Gustavo Escobar: Simón Bolívar, integración en la libertad de Leopoldo Zea** 76
- Federico Patán: Una novela búlgara: Tabaco de Dimiter Dimov** 78

Por Cristo y contra el mundo

Hay seres desmesurados, de la especie de los mastodontes, que pasan arrasándolo todo, sin consideración de sí mismos ni para con los demás: "hombre de bien, nacido para mal, hijo de algo, pero no señor... hombre dado al diablo, y prestado al mundo y encomendado a la carne; rasgado de ojos y de conciencia..."¹ "...que el animal del mundo a quien Dios dio menos discurso es el hombre, pues entiende al revés lo que más importa, esperando inmortalidad... que a la más noble criatura dio menos conocimiento y crió para mayor miseria la naturaleza, que Dios no..."²

La lectura de Quevedo constituye un ejercicio riguroso que molesta a la conciencia: si hay autores incómodos, propiciadores de pesadillas, don Francisco está entre los primeros. Curiosamente, no en aquella parte de su producción escatológica que nos sumerge en la descripción naturalista del hombre que defeca, vomita, fornicia: aquí suscita una actitud depuradora, pues, al brutalizarnos con imágenes que sólo antes que él alcanzaron en la Europa occidental los cuadros gargantescos de Rabelais, o su contraparte, los de los condenados insertos en los círculos dantescos, nos libera; hay literaturas que son, de por sí, exorcismos.

No. La depresión a que nos conduce el madrileño no proviene del *reverso cotidiano* de nuestra cara culta, urbanizada: radica *en ésta*, en lo engañoso de un comportamiento que se pretende austero, racionalizador y moralizante, cuando que continuamente da muestras de superchería y adaptabilidad.

Porque el rebelde al modo de Pablos resulta, por sobre todo, digno de encomio: ésa es una escritura *comprometida*, en la más contemporánea acepción del término. Y el festín del absurdo al que nos arroja de golpe con los *Sueños* es tan regocijante como bienhechor. En cambio, ¡cuánta mezquindad, cuánto oprobio en la zalamería del cortesano; cuánta arbitrariedad y hasta medianía, justo cuando quiere ser político y preceptor! Es el anverso el que nos abate, el del camaleón y no el del desenmascarador: porque el proceso del quevedomorfismo conlleva un doloroso y obligado debilitamiento de una toma inicial de posición.

1. La terquedad de Quevedo es tan proverbial como evidente su nacionalismo a ultranza: España tiene razón y derecho en ser Imperio; los demás, absolutamente todos

los demás, no son sino "invidiosos" de esta suprema grandeza, "rebeldes a Dios en su fe y a su rey en el vasallaje, amasando su discordia en un comercio político, después de haberse con el robo constituido en libertad y soberanía delincuente, y crecido en territorio por la traición bien armada y atenta, y adquirido con prósperos sucesos opinión belicosa y caudal opulento..."³

¿Qué es lo que ocurre en el interior de su obra, que lo mismo se aplica a fustigar a cuanta nación, raza o fe difieren de las propias, que a revolverse rabiosamente en contra de aquello que lo sustenta o a tornarse, en apariencia abruptamente, doctoral y humilde? ¿Por qué esas modificaciones de estilo y lenguaje entre un discurso y una epístola, que van del clima orgiástico y monstruoso a la concisión de la frase retórica, de acerada precisión lógica? Observemos algunos elementos constitutivos en los textos-clave de su prosa.

La vida del *Buscón don Pablos* y los primeros *Sueños* están redactados entre 1601 y 1608, esto es, en el momento en que Francisco Gómez de Quevedo todavía puede permitirse ser —en los términos de J. A. Maravall— un *intelectual discrepante*, o sea, el escritor independiente que no tiene que rendir cuantas, sino a sí mismo, de su producción. No resulta extraño, pues, que la censura intervenga y le exija suavizar ideas y vocabulario, pues hace acopio de herejías: "entendí salir de mala vida con no ser farsante, si no la ha v. m. por enojo, di en amante de red, como cofia, y por hablar más claro, en pretendiente de Antecristo, que es lo mismo que galán de monjas. Tuve ocasión para dar en esto, teniendo yo entendido que era la diosa Venus una monja, a cuya petición había hecho muchos villancicos, que se me aficionó en un auto del Corpus, viéndome representar un san Juan Evangelista."⁴

El ensayista Jenaro Taléns desglosa eficazmente la estructura del *Buscón* en tres etapas delimitadas: a) la del actor-aprendiz de la "escuela de la vida"; b) la del espectador-aprendiz; y c) la del actor en la vida; con un corolario: el del fracaso.⁵

Pablos de Segovia pretende asimilarse a una clase social que no le corresponde, aspira a *caballero*, y su historia narra la imposibilidad de semejante integración en la España de los Austrias, estando limitado a la marginalidad y, en consecuencia, a su entrada definitiva en el mundo del hampa.



Culminación de la picaresca, que va de Tormes y pasa por Alfarache, este género representa "el juego simultáneo de intento de ascensión y de neutralización de la lucha por la instauración de una estructura jerárquica que permita mantener el control en manos de la clase dominante."⁶ Para Taléns, "la obra de Quevedo no es sólo una negación ironizante y sarcástica de los dos modelos anteriores (el del anónimo y el de Mateo Alemán), sino el punto final de una trayectoria. El género iniciado con *Lazarillo* no tiene ninguna salida."⁷ El lenguaje, las reacciones psicológicas, los ideales del ingenuo primitivo van siendo sutilmente modificados por el autor, hasta que su personaje asuma "conscientemente su condición de *distinto*, a la vez que la inutilidad de sus pretensiones..."⁸

Gómez de Quevedo, recién graduado de la Universidad de Alcalá, tiene libertad de hablar, tanto como su estancia en Valladolid, todavía sin cargo alguno, le permite zaherir abiertamente —bajo la artimaña del desvarío nocturno— los usos y abusos que se cometen en los distintos estratos sociales: "todos los animales sueñan de noche cosas como sombras de lo que trataron de día."⁹

2. Con esto entramos de lleno a la fantástica sucesión de imágenes y esperpentos que caracterizan las mejores visiones quevedianas: "Dios estaba vestido de sí mismo, hermoso para los santos y enojado para los perdidos: el sol y las estrellas colgando de su boca, el viento tullido y mudo, el agua recostada en sus orillas, suspensa la tierra, temerosa en sus hijos, de los hombres."¹⁰

Al truco literario de la ensoñación descontrolada, a su insistencia certerísima en el lenguaje visceral más llano, a una estructura simple —consistente en poner a disposición del narrador— él mismo (autor omnisciente que habla en primera persona) las reiteradas procesiones de seres que se llegan al sonido de la trompeta, comparecencia de demonios, compañía de su Ángel Guardián, etc., Quevedo aúna ahora el recurso fundamental de la dislocación del orden externo.

En su magistral estudio sobre la *Cultura popular*, Mi-jail Bajtin explica el trasfondo carnavalesco de las metáforas rabelesianas: "Ellas revelan *el punto de vista del pueblo* sobre la guerra y la paz, el agresor, el poder, el futuro. A la luz de este punto de vista... nos es revelada la *jocosa relatividad*, tanto de los acontecimientos como de todos los problemas políticos de la época. En esta última, *las distinciones no se diluyen desde luego* entre lo que es justo e injusto, exacto y falso, progresista y reaccionario, *desde el punto de vista de la época en cuestión y del periodo contemporáneo inmediato*, sino que estas distinciones pierden su carácter absoluto, su seriedad limitada y unilateral."¹¹

La locura colectiva nos conduce fuera de lo permisible, traspasa las estrechas barreras racionales, desviste dignidades, otorga licencia para trastocar universo y sociedad: "El principio cómico que preside los ritos carnavalescos los exime completamente de todo dogmatismo religioso o eclesiástico, del misticismo, de la piedad... y más aún, ciertas formas carnavales-

cas son una verdadera parodia del culto religioso... En realidad es la vida misma, presentada con los elementos característicos del juego."¹²

Precisamente aquí reside lo típico incomparable de un lenguaje *no gratuito*, no constituido por simples silogismos convertidos en retruécanos ingeniosos, sino que apunta a la desacralización de lo intocable: "—Lucifer manda que, porque tengáis que contar en el otro mundo, que veáis su camarín.

Entré allá; era un aposento curioso y lleno de buenas joyas: tenía cosa de catorce o quince mil cornudos y otros tantos alguaciles manidos.

—¿Aquí estáis? —dije yo—; ¿cómo diablos os había de hallar en el infierno, si estábades aquí?... todas las poyatas (que son los estantes) llenas de vírgenes hocicadas, doncellas penadas como tazas. Y dijo el demonio:

—Doncellas son que se vinieron al infierno con los virgos fiambres, y por cosa rara se guardan acá."¹³

3. La hipótesis puede resultar un tanto mecanicista: el Quevedo que va conquistando el mundo, "pisando sangre y heridas",¹⁴ cuenta con el suficiente distanciamiento como para propiciar su escarnio y volverlo de cabeza: es capaz de desvincularse de autoridad y conservadurismo, y puede adherirse a una divisa renacentista como la siguiente: "Sólo a través de los peligros tiene nuestra vida un valor."¹⁵

Pero, al solidarizarse con cualesquiera de los grupos que constituyen la clase dominante, se torna en *propa-*



gandista de ésta: “El dirigir las masas desde arriba es también un interés de la gran burguesía. Esta necesita igualmente, para mantener su posición, un cierto y sólido ‘orden’ en el sentido de seguridad contra las revoluciones.”¹⁶

Su cercanía con el duque de Osuna y la carrera administrativa que inicia en Sicilia, a partir del pretendido lance de honor que lo mueve a salir de España, en 1611, determinan la serie de altibajos *en su función como intelectual*. En cuanto se siente protegido y seguro, vuelve a la insolencia y al desafío contra el mundo; caído en desgracia, adopta la mentalidad estática de quien posee la verdad absoluta.

En 1617 escribe *Política de Dios, gobierno de Cristo*, obra acertadamente descrita por J. L. Borges como “cuarenta y siete capítulos (que) ignoran otro fundamento... que los actos y palabras de Cristo... son símbolos secretos a cuya luz el político tiene que resolver su problema.”¹⁷ Pues bien, 1617 es también el año en que el ahora Don Francisco de Quevedo y Villegas se entrevista privadamente con Felipe III en el Escorial; compone el matrimonio del primogénito de Osuna y la Uceda, boda que apadrinan los monarcas; y fecha en que se expide la Cédula Real que le concede el hábito de Santiago.

¿Cómo no concebir, entonces, una construcción que sencillamente glose antiguo y nuevo Testamentos, en la que —dejando de lado todo misticismo— el autor se atreve a pontificar, en su prólogo “A los hombres que por el Gran Dios de los Ejércitos tienen con título de Reyes la tutela de las gentes”:

Imitad a Cristo, y *leyéndome a mí, oídle a El*, pues hablo en este libro con las plumas que le sirven de lenguas.¹⁸

¿No se trata, para retomar la terminología de Maravall, de la posición del *sabio* o *humanista* “que concebían el saber como apoyo a las estructuras del poder, del que, en última instancia, dependían materialmente”?¹⁹

Algo diferente ocurre, más tarde, en cuanto Quevedo se siente en ruptura con los validos y atacado por los clanes intelectuales de Lope, Alarcón, Aguilar, Jáuregui, dentro del vértigo de la “guerra de todos contra todos”, bajo la “tradicción de violencia” de la crítica *ad hominem* de que habla Ramón Xirau.²⁰ La indisposición en su contra por parte del conde-duque de Olivares es también el momento inicial de *La hora de todos y fortuna con seso* (1635), en donde retoma con vigor contundente su luminosidad de carnaval y acude a la fórmula, ya antes empleada con éxito, de situar a un personaje o grupo de personajes en estado de reflexión, a los cuales, súbitamente, se les ve *por de dentro*, por *debajo de la cuerda* o, en este caso, cuando les *coge la hora* para que aflore una crisis: a Felipe IV, adulado por los lisonjeros del conde-duque, asimismo le llega *la ocasión*: “Y dándose de manotadas en la orejas, y mosqueándose de mentiras, arremetió con ellos y los derramó a coces de su palacio, diciendo:

—Príncipes, si me cogen acatarrado, me destruyen. Por un sentido que me dejaron libre se perdieron; no hay cosa como oler.”²¹

4. Marcel Bataillon, en su indispensable *Erasmus y España*, asienta que cabría estudiar “toda la obra satírica de este enfant terrible del nuevo humanismo cristiano, si se quiere ver cómo actúa un tremendo espíritu de irreverencia... Hay en todo esto algo que hace pensar en Erasmo —añade— y que está a cien leguas de la manera de Erasmo”;²² a la vez que señala las fuentes más cercanas a Quevedo: la actitud devota de San Francisco de Sales y el neo-estoicismo de Justo Lipsio.

Esto es, Quevedo, aunque haya leído a Erasmo y a los principales filósofos avanzados de la época, o que pudieron haber influido en ella, no necesariamente los ha asimilado, tanto como no basta el que haya sido contemporáneo de Shakespeare, Bacon, Grocio o Burton para considerarlo como un típico renacentista, ni siquiera si concebimos el Renacimiento como algo no forzosamente unitario; es un hombre de acción, no medieval, pero cuya actitud mental es también muy otra: está condicionada por el servicio burocrático al núcleo estamental contrarreformista.

En 1631, Olivares había tratado nuevamente de atraerlo para su causa y, poco después, lo nombraba su secretario privado. En 1644, Quevedo yace retirado y mortalmente enfermo en su señorío de la Torre. Ambas fechas coinciden con la primera y la segunda partes del *Marco Bruto*, obra en donde el lenguaje vuelve a austerizarse, y cuya estructura es de nuevo un mero comentario lineal, con sentido común, y “ampliación pomposa de una de las *Vidas* de Plutarco”, según comenta Antonio Alatorre.²³

Aunque se trate de una disquisición sobre la probabilidad de que un Estado pueda retornar a su anterior potencia, una vez que ha caído, y algunos comentaristas la señalen como cúspide de sus obras políticas, uno no puede dejar de echar de menos la vena de monstruosidad satírica, ni de advertir la mezcla de trivialidades:

...cuando se llegó la ejecución de sus disinius, ¿qué cosa más bruta ni más tonta se puede considerar que Marco Bruto?²⁴;

y de verdades sólidas:

Tirano es aquel príncipe que... obedece al apetito y no a la razón... Y por las mismas culpas son tiranos los senados en las repúblicas y tiranos multiplicados;²⁵

con deseos piadosos:

Vosotros, príncipes buenos, aprended a temer vuestros beneficios mismos. Vosotros, tiranos, aprended a temer vuestras crueldades propias. Vosotros, pueblos, estudiad reverencia y sufrimiento para el buen monarca y para el malo.²⁶

Guardamos la impresión de que esta legitimidad propuesta no hace sino apoyar, soslayando, los consejos muchos más sagaces y efectivos de Maquiavelo.



“Dos lenguas son dos concepciones del mundo”, nos recuerda Bajtin.²⁷ En efecto, si la hipótesis es correcta, constatamos posibles cambios lingüísticos y estructurales en la escritura de Quevedo, debidos a adaptaciones mentales y sociales definidas: A) es un gigantesco disidente cuando se expresa como *observador* ideológicamente separado de otra clase que la suya; y B) es un reproductor tradicionalista de la ideología monárquica en cuanto se asocia o representa al sistema en el poder.

Es por esto que posiblemente varíe su trayectoria literaria, que resulta entrañable cuando golpea en el ámbito de la fuerza vital sublimada, y que turba, debido al proceso de su transformación individual, como antimodelo para cualquier intelectual que se quiera considerar independiente.

Besa los reales pies y manos de vuestra majestad.²⁸

¹ *Memorial pidiendo plaza en una Academia* (1606), p. 3. Todas las citas de Quevedo, salvo la del *Buscón*, han sido tomadas de: OBRAS ESCOGIDAS. Barcelona, Editorial Exito, 1957, 428 p.

² *El sueño del infierno* (1608), p. 365.

³ “Los holandeses”, en: *La hora de todos y la fortuna con seso* (1635), p. 55.

⁴ *Historia de la vida del Buscón, llamado don Pablos, ejemplo de vagamundos y espejo de tacaños*. Barcelona, Zeus, 1968, p. 127.

⁵ Jenaro Taléns. *Novela picaresca y práctica de la transgresión*. Madrid, Júcar, 1975, p. 50 y SS.

⁶ *Ibid.*, p. 38.

⁷ *Ibid.*, p. 75.

⁸ *Ibid.*, p. 76.

⁹ *El sueño del juicio final* (1606), p. 309.

¹⁰ *Ibid.*, p. 312.

¹¹ Mijail Bajtin. *La cultura popular en la Edad Media y Renacimiento*. Barcelona, Barral, 1974, p. 404. Los subrayados son del autor.

¹² *Ibid.*, p. 12.

¹³ *El sueño del infierno* (1608), p. 368.

¹⁴ *El mundo por de dentro* (1612), p. 372.

¹⁵ Otto der Schütz, cit. por Alfred von Martin, en: *Sociología del Renacimiento*. México, FCE, 1973, p. 73.

¹⁶ Alfred von Martin, *ibid.*, p. 128.

¹⁷ Jorge Luis Borges. *Quevedo*, en: OBRAS COMPLETAS DE..., Buenos Aires, Emecé, 1974, p. 661.

¹⁸ *Política de Dios, gobierno de Cristo* (1617), p. 113. El subrayado es nuestro.

¹⁹ J. A. Maravall, cit. por Jenaro Taléns, op. cit., p. 101.

²⁰ Ramón Xirau. “¿Qué sucede con la crítica?”, en: *Revista de la Universidad*, México, UNAM, octubre-noviembre de 1980, Volumen XXXV, Números 2-3, p. 64.

²¹ *La hora de todos y fortuna con seso* (1635), p. 35.

²² Marcel Bataillon. *Erasmus y España*. México, FCE, 1966, pp. 775/76.

²³ Antonio Alatorre. *Los 1001 años de la Lengua Española*. México, Bancomer, 1979, p. 275.

²⁴ *Marco Bruto*, p. 285.

²⁵ *Ibid.*, p. 286.

²⁶ *Ibid.*, pp. 286/87.

²⁷ Mijail Bajtin, op. cit., p. 421.

²⁸ *Política de Dios, gobierno de Cristo*, p. 116.

